

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

2 . ª É P O C A

Año 1951 - Número 45



SEVILLA

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL



188

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA

HISTÓRICA, LITERARIA

Y ARTÍSTICA

EJEMPLAR NÚM. **168**



IMPRESO EN ESPAÑA.

PRINTED IN SPAIN.

EN LA IMPRENTA PROVINCIAL — ESCUELA DE ARTES GRÁFICAS,
SAN LUIS, 27. — SEVILLA.

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL

2.^a Época
Año 1951



Tomo XIV
Número 45

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL
SEVILLA

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

1951

ENERO-FEBRERO

Núm. 45

CONSEJO DE REDACCIÓN

Don Ramón de Carranza y Gómez, marqués de Soto Hermoso, Presidente de la Excma. Diputación Provincial.—Don Cristóbal Bermúdez Plata.—D. Angel Camacho Baños.—D. Carlos García Oviedo.—D. José Hernández Díaz.—D. Manuel Justiniano Martínez.—D. Celestino López Martínez.—D. Joaquín Romero Murube.—D. Francisco Ruiz Esquivel.—D. Federico Villanova Hoppe, Secretario de la Excma. Diputación Provincial.—Director: Don Luis Toro Buiza.—Secretario: D. José Andrés Vázquez.

SUMARIO

ARTICULOS ORIGINALES

	Págs.
José López Toro.— <i>El poeta sevillano Juan de Alcalá</i>	9
José Armenta Camacho-Luis Benítez Romero.— <i>Epidemiología del Kola-Azar, en Sevilla y su provincia</i>	29
Antonio Domínguez Ortiz.— <i>Un embajador marroquí en Sevilla</i>	49
Federico Gutiérrez Serrano.— <i>San Antonio María Claret y Sevilla</i>	57

MISCELANEA

Higinio Capote.— <i>Don Luis Montoto</i>	77
Abel Bonnard.— <i>Sevilla, Ciudad de la cultura</i>	85
***.— <i>Concurso de monografías</i>	89
LIBROS	91
CRÍTICA DE ARTE.— <i>Pintura, Escultura y Grabado</i> , por Antonio Sancho Corbacho.....	101
CRÓNICA.— <i>Julio y agosto, 1945</i> , por el Cronista Oficial de la Provincia	107

MISCELANEA

12/11/1913

DON LUIS MONTOTO

(1851-1929)

UN LIBRO DE MEMORIAS

Cuando llegamos a una cierta edad, gozamos de un agrí dulce privilegio: vemos una parte de nuestra propia vida convertida en historia. Las personas que conocimos y los sucesos que tejieron nuestro diario vivir van adquiriendo, con objetividad absoluta, perfiles definitivos.

Y así nos sucede en esta ocasión. No tuvimos el honor de ser presentados a don Luis, pero sí le conocimos en nuestros años, ya un poco lejanos, de niñez y de mocedad, cuando en su ancianidad respetable era una de las figuras más destacadas de las letras sevillanas.

Siempre le contemplábamos con la curiosidad y el respeto que infundía su venerable porte, que nos traía a las mientes algo muy español y muy antiguo. Leíamos entonces sus libros en la edición de *Obras completas*, que se hallaban en nuestros hogares y las deliciosas páginas de sus *Memorias* que aparecían en *El Noticiero Sevillano*.

Ha pasado el tiempo; han pasado modas y generaciones; hemos vivido, y, de pronto —tan pronto ya— su centenario. Don Luis se nos aparece ahora convertido en figura de nuestra historia literaria.

Desde que dejó de escribir se ha escrito de muchas maneras diferentes y se han intentado muchos caminos; pero al concentrar nuestra atención, en estos días, sobre su obra recogemos una suprema lección artística y ética al mismo tiempo: no hay más que una manera de hacer nuestro arte, nuestra literatura o nuestra vida: la sinceridad, la autenticidad; son precisamente estos valores los que hacen perdurable la obra de nuestro escritor por encima de todas las apreciaciones y de todas las modas.

Evocar la figura de don Luis es evocar la vida de Sevilla en más de medio siglo. Si formamos una colección ideal de *Memorias* con los *Re-*

cuerdos del Tiempo Viejo, de Zorrilla; las *Memorias* del general Córdoba, *El solitario y su tiempo*, de Cánovas; las *Memorias*, de Mesonero y las de Galdós, para completar esa visión de la España del XIX, centrada en Sevilla, que tanto pesó en los destinos del país durante esa época, y para gozar de una deliciosa Sevilla que entrevimos todavía en nuestra juventud, estas *Memorias del caballero Don Nadie*, que se están haciendo raras y de difícil acceso y que desde luego ocupan ya un puesto de honor en nuestra literatura autobiográfica.

Todo un mundo encantador de recuerdos, tipos, costumbres, anécdotas, paisaje, ambiente. Todo está contado con una gracia y un frescor de estilo inimitable en capítulos que se suceden con una gran variedad de motivos y que van cautivando más y más nuestra atención a medida que vamos leyendo.

Y al mismo tiempo vamos viendo surgir de sus páginas una de las figuras más simpáticas y más nobles que hemos podido conocer: la del propio don Luis Montoto. Niño primero, en esa vieja casa de la calle de los Encisos; estudiante después, cuando la Universidad tenía todavía en el patio una fuente y grandes árboles donde anidaban tantos pájaros, le vemos nacer a la poesía y a la literatura, escribir sus primeros versos, hacer sus primeros ensayos de autor dramático y vivir toda una vida honrada y limpia de trabajador infatigable, consagrado a sus libros, a su profesión, a su familia, sin ambiciones, sin odios, buen amigo, cristiano, profundamente cristiano, y lleno siempre de un caritativo sentimiento de amor a los humildes y desvalidos.

Nadie mejor que él pudo escribir estos versos que decoran su sepulcro:

«Vive de modo que, a la vida ajeno
al morir, oigas de ferviente labio
la bendición con que se premia al bueno
más que el elogio que se rinde al sabio».



La personalidad de nuestro escritor es multiforme. De sesenta números consta la bibliografía impresa más completa, y todavía quedan fuera de ella muchos trabajos dispersos en distintas publicaciones.

Intentaremos examinar, siquiera sea brevemente, algunos de sus principales aspectos.

POETA*

Fundamentalmente fué poeta siempre. Aparte de que nos ha dejado muchos libros de versos, en el resto de su obra, en su actitud vital, siempre podremos observar un constante sentido poético que tiende a elevarse sobre la realidad, dignificándola y embelleciéndola.

Su obra hay que encajarla en la corriente post-romántica de la segunda mitad del siglo XIX; en el grupo que en Sevilla aparece hacia 1870.

Todos estos jóvenes han superado ya las viejas fórmulas académicas de los herederos de Lista —Bueno, Zapata, Fernández-Espino— todos han leído a Zorrilla; y después, a Bécquer, a Núñez de Arce y a Campoamor e intentan modos poéticos nuevos.

De este grupo se destaca con voz propia nuestro poeta. «No seguí a los unos ni a los otros» —nos dice. «Procuré quedarme en medio; y, sin alas para remontarme a las alturas bajé a los valles».

«Las florecillas de los campos con que la aldeana adorna su cabeza; las humildes violetas, el romero y el espliego; las amapolas que entre los trigos parecen gotas de sangre de la madre Naturaleza en el alumbramiento de las copiosas espigas, y el lirio, blanco y azul; símbolo de la humanidad y del sacrificio fueron mis flores favoritas. Amé mucho al pueblo trabajador y sufrido. Canté sus coplas, escuché sus cuentos y me sazoné con sus sales; y con él conversé en los talleres y en los campos; y lloré con él sus dolores; y seguí a las madres que, desoladas, se despedían de sus hijos a quienes la patria llamaba y extendí mi mano al desvalido y dí limosna al pobre...»

No hay palabras más exactas que las del propio autor para recoger el contenido de una de sus modalidades poéticas más características; como tampoco podemos definir mejor su estilo que refiriéndonos a una conversación de este joven poeta con sus amigos: «No es preciso tronar ni relampaguear para llevarse la gala», arguye en defensa del romance y de su superioridad expresiva sobre la oda grandilocuente.

Y en este verso tan castizo y tan expresivo que maneja con maestría, y en las estrofas populares —seguidilla, copla de varia ordenación rítmica— plasma muchos de sus mejores aciertos:

«Cantar que sube a la boca
es una gota de miel
que del corazón rebosa».

Al lado de esta poesía breve e intensa, un poema en tono mayor, *El Regreso*, de extraordinario interés para el estudio del desarrollo histórico del tema de «la angustia», que devoró a tantos poetas del XIX; a Núñez de Arce, a Campoamor, y a tantos otros, y que en nuestro poeta

se resuelve en un ferviente canto de fe cristiana y fluye en límpidos tercetos clásicos. Con el mismo fervor cantó siempre su musa cristiana: *La Virgen de Regla, Consolación, El Corpus, La Inmaculada*. Junto a este sentimiento religioso sus otros dos grandes amores: Sevilla, envuelta en brisas primaverales que entre un alegre repicar de campanas quiere anunciarse al cielo por su torre, y su hogar. «A la lumbre del hogar» es uno de sus títulos preferidos. Y a la lumbre de su hogar, en tono íntimo de confianza o de canción de cuna, nos dejó muchas de sus más estimables obras.

AUTOR DRAMATICO

Si la poesía fué una constante en su vida, su afición a la literatura dramática no fué en cambio más que una afición pasajera de juventud. Con todo, sus obras, que tuvieron éxito, no dejan de ser estimables por su facilidad de diálogo y por la soltura con que maneja los resortes de la escena.

Pero ese mundo del teatro era demasiado complicado y difícil para un carácter fino, nervioso, sensible y delicado como el suyo, y bien pronto quedan atrás convertidos en recuerdos esa ingenua *Transmigración de las Almas*, en colaboración con Cano y Cueto, *Manolito*, su entrañable amigo de siempre; *Torrigiano*, basada en una leyenda sevillana sobre el famoso escultor, en colaboración con Velilla, con quien también escribe *El último día*, ligado a nuestro anecdotario teatral por haberse escrito expreso para la inauguración del Cervantes.

PROSISTA

La labor en prosa de don Luis Montoto —mucho más trascendental— abarca muy diversos campos. Fué escritor político en *El Español*, periódico de la Restauración, sin olvidar nunca su raigambre tradicionalista; novelista, crítico, folklorista, orador académico.

NOVELA

Su mejor obra en este género es, sin duda, *Los cuatro ochavos*. Esta novela puede inscribirse en la línea de la novela andaluza que inicia Fernán Caballero, y de la que son hitos o jalones los nombres ilustres de Alarcón, Valera y el padre Coloma.



EXCMO. SR. DON LUIS MONTOTO RAUTENSTRAUCH
N. 18 de enero de 1851. † 30 de septiembre de 1929.

Escrita en jugosa y castiza prosa se desarrolla en una imaginaria *Urbs Fidelia*, bajo cuyo levísimo velo se transparenta la Sevilla de los años turbulentos de la Revolución. Los valores que a la novela andaluza aporta esta obra son principalmente morales y poéticos. Asistimos a una purificación progresiva de la realidad que se va ennobleciendo paulatinamente ante nuestros ojos; el autor nos va conduciendo, y nos ayuda a interpretar ese tono ascendente, con habilidad extraordinaria.

Don Juan Valera, juzgándola, nos dice: «La historia que nos cuenta está tomada de la realidad. Todo en ella, más que ficción, tiene trazas de fiel trasunto de cosas que se han presenciado; no de nada que se inventa, sino de sucesos y personas que se recuerdan. Y, sin embargo, de los tales sucesos y personas, que aparecen vulgarísimos al empezar la narración, brota y se desenvuelve luego la encantadora poesía».

El éxito que esta novela obtuvo le animó a escribir su segunda parte, *El duro del vecino*, no menos celebrada por el público y la crítica.

Completan este sector de su producción dos tomos de narraciones breves: *La capa del estudiante* y *Fuegos fatuos*.

FOLKLORE

No nos gusta esta palabra de la que tanto se ha abusado, y que a la legua, muestra su traza extranjera cuando nos sirve para designar nuestras cosas más íntimas y profundas. No deja de ser aleccionador eso de que no sepamos ponerle un nombre a la sabiduría popular.

Pues en esta difícil tarea de desentrañar los saberes del pueblo sí que fué peritísimo el autor que nos ocupa; y a esta difícilísima tarea consagró muchas y muy largas vigiliass.

La musa popular, que inspiró muchos de sus mejores versos, inspirará también su prosa, de correcta dicción siempre, pero jugosa y sazonada con sal del pueblo en esa difícil síntesis de lo popular y lo erudito en que fueron siempre maestros los andaluces desde Mal-Lara hasta Rodríguez Marín.

Un paquete de cartas recoge, en una serie de epístolas hábilmente dispuestas, una infinidad de modismos no registrados en nuestros diccionarios.

En *Tiquis Miquis* inicia la gran labor que habría de culminar en *Personajes, personas y personillas*, verdadero museo de tipos pintorescos españoles, cuyo valor expresivo y profundamente racial habían presentado Quevedo y Villarroel.

El más animado cuadro de la vida popular nos da en sus *Costumbres populares andaluzas*, completísimo documento de época para el historiador futuro. Corrales de vecinos, vendedores, pregones, juegos de niños,

fiestas, bodas, supersticiones, viejas costumbres funerarias. Todo ha sido registrado e interpretado magistralmente por este moderno Rodrigo Caro.

CRITICA

Fundamentalmente bueno, su crítica fué siempre benévola y alentadora. «Mi pluma acarició siempre. No fué puñal ni navaja, sino pincel suave».

Nunca supo negarse al novel que se acercaba a su magisterio. Ya desde sus primeros años de escritor le vemos prologar los libros de sus compañeros de lucha literaria, y la muerte le sorprendió sin poder terminar el prólogo para el libro de un amigo.

Muchos de estos prólogos forman un volumen: *Fruta seca*. En este mismo grupo *De Re Literaria*, anecdotario de la vida literaria sevillana y una colección de cartas a diversas personalidades de las letras: *Esta-feta Literaria*.

Capítulo aparte merece su cervantismo, nunca frío y literal, sino culto ferviente mantenido durante toda una larga vida.

Toda su labor de cervantista quisiéramos sintetizarla en estas palabras finales del capítulo segundo de sus memorias: «Tan cervantista soy que quiero tener junto a mi lecho a la hora de mi muerte, un crucifijo, imagen del Redentor, y mi ejemplar de la Historia del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha; aquél, mi luz, mi guía, mi salvación, y éste la alegría de mi niñez, el compañero de mi juventud, el consuelo de mi ancianidad, mi amigo de siempre, del cual no espero ni desdenes ni olvido».

ORATORIA ACADEMICA

Por una curiosa coincidencia nuestro autor ve la luz primera en la misma casa de la calle de los Abades en que don Luis Germán y Ribón había fundado en el siglo XVII, la Academia Sevillana de Buenas Letras. Desde muy joven concurre a los certámenes que la docta Corporación convoca y obtiene diversos premios. Por iniciativa de don José Asensio y Toledo es elegido académico. Su discurso de ingreso versó sobre *La poesía española del siglo XIX*.

Desde 1884 es el secretario y el eje de la Corporación. Escribe, entre otros, los discursos de contestación a los de ingreso de don Amante Laffón, don Francisco Rodríguez Marín y don Joaquín Hazañas, y varios discursos necrológicos; el último, el de su gran amigo don Manuel Gómez Imaz.

No podemos dejar de reseñar entre sus piezas oratorias su discurso sobre la *Importancia de la Prensa en la sociedad moderna*, que refleja un acendrado catolicismo y fué leído en el Congreso Católico Nacional celebrado en Burgos en 1889.



A grandes rasgos hemos esbozado torpemente una figura y una obra. Don Luis Montoto recibió en vida muchos y merecidos homenajes y galardones.

Es premiado en Juegos Florales. Cronista de la Ciudad. Académico de Buenas Letras y correspondiente de la Real Academia Española.

Su Santidad Benedicto XV le concede la cruz de oro *Pro Ecclesia et Pontifice*. Por iniciativa de la Academia Sevillana de Buenas Letras, según propuesta de don Manuel Gómez Imaz, del Ayuntamiento, y de la Segunda Asamblea Nacional de la Prensa, a cuya Asamblea eleva un sentido escrito don José Andrés Vázquez, se solicita para este ilustre anciano la Gran Cruz de Alfonso XII, que le fué concedida.

Una glorieta del Parque llevará su nombre como ya lo lleva una amplia calle de la ciudad, que le hizo su hijo predilecto; así queda para siempre unido su recuerdo a la ciudad que tanto amó.

En esta fecha solemne todos le recordamos con respeto y cariño: el mejor de los homenajes.

HIGINIO CAPOTE.